

EL ALZAMIENTO VISTO DESDE EL GOBIERNO DE MADRID

Sustos, vacilaciones, crisis y desenfreno del populacho

Por JOAQUIN ARRARAS

NO PASA NADA

EL 18 de julio de 1936 era sábado. A las ocho y media de la mañana, el Gobierno republicano que presidía Casares Quiroga, por medio de una

nota difundida por la radio, trataba de calmar la inquietud de los madrileños envueltos en un torbellino de rumores alarmantes y noticias de graves sucesos de Marruecos. La nota comenzaba así: "Se ha frustrado un nuevo intento criminal contra la República." Una parte del Ejército de Marruecos se ha sublevado; se trataba "de un movimiento insensato y vergonzoso", sin trascendencia. Y si bien se afirmaba que el Gobierno dominaba la situación, unas líneas después se decía "que no tardarían muchas horas en dar cuenta al país de estar dominada la situación". A las dos de la tarde, otra nota del Gobierno insistía en que los sublevados componían "una fracción del Ejército de Marruecos". En toda la Península "reinaba absoluta tranquilidad". La acción del Gobierno—añadía—"será suficiente para restablecer la normalidad". Se recomendaba al pueblo que desconfiara de las noticias emitidas por la radio de Ceuta, "en poder de elementos facciosos" y que "simula ser la radio de Sevilla".

A las siete de la tarde, nueva nota oficial: "Continúan todas las provincias españolas en absoluta obediencia al Gobierno." Unicamente en Sevilla "el general Queipo de Llano ha declarado de manera facciosa el estado de guerra", pero "las autoridades legítimas tienen a raya a los sediciosos". No hay peligro. El Gobierno recibe adhesiones de todas las guarniciones. "La Pasionaria" ante los micrófonos, con oratoria frenética, ofrecía al Gobierno el apoyo del partido comunista. La Unión General de Trabajadores ordenaba la huelga general en cuantas ciudades se produjera la sublevación. Los socialistas pedían armas. La impresión en conjunto era de que las cosas no pasarían a más, porque el Gobierno contaba con elementos sobrados para yugular el "intento", calificando con insistencia de insensato.

UNA FALSA ALARMA

Era presidente de la República Manuel Azaña, y su cuñado, Cipriano Rivas Cherif, memorialista y grafómano como aquél, refiere algunas anécdotas muy descriptivas de las zozobras y miedos del presidente y de los ministros, a pesar de que el Gobierno dominaba con indiscutible autoridad.

"En las primeras horas de la sublevación, Casares Quiroga, aturdido, le anunciaba a Azaña que el regimiento de Artillería de Carabanchel se dirigía hacia Madrid y que nada quedaba que hacer sino ponerse a salvo, para lo cual había reunido a su Cuarto Militar y aceptando la invitación de Saravia (entonces su secretario particular), se disponía a refugiarse en casa de un amigo de éste. Despidióse Azaña de los ayudantes, a quienes con el general Masquelet a la cabeza encomendaba la última defensa de Palacio con estas palabras no más:

—Y ahora, señores, ¡hasta la cuarta República!

Con el coche ya dispuesto, recibió la noticia de que Casares se había equivocado y que todo era una falsa alarma."

EL ARMAMENTO DEL PUEBLO

Periódicos y tribunos pedían sin más dilaciones el armamento del pueblo, a lo cual se negaba el jefe del Gobierno, Casares Quiroga, por entender "que contaba con fuerzas suficientes para aplastar a los sublevados" y por miedo a poner en grave peligro al régimen. Julián Zugazagotia, director de "El Socialista", en su "Historia de la guerra en España", refiere así las torturas y vicisitudes de Casares Quiroga: "Impotente para dominar la situación, derrotado en todas sus esperanzas y confianzas, continuaba resistiéndose a autorizar la entrega de armas al pueblo. Se mante-

nía en esa negativa contra el consejo de tres colaboradores y contra el mandato urgente de la necesidad. Posiblemente se trataba de un acuerdo irreflexivo con el que pensaba imponer su voluntad... La resistencia había trascendido y su nombre provocaba estallidos de cólera. Su impopularidad se agigantaba entre sus propios correligionarios. Para los que buscaban ser justos con él, era un frívolo que había disimulado con bromas y chanzas la debilidad de su carácter, merecedor en un Estado de exigencias elementales de un castigo ejemplar... Casares Quiroga pasó por unas crisis rayanas en la pérdida de juicio. Sus reacciones ante las noticias de nuevas adversidades estaban tan faltas de serenidad como sobradas de violencia. La persona que me proporcionaba los informes de lo que sucedía en el Palacio de Buenavista estaba atribulada.

—Aquel Ministerio—me decía—es una casa de locos y el más furioso de todos es el ministro. No duerme, no come. Grita y vocifera como un poseído. Su aspecto da miedo y no me sorprendería que en uno de los muchos accesos de furor se cayese muerto con el rostro crispado por una última rabia no manifestada. No quiere oír nada en relación con el armamento del pueblo y ha dicho en los términos más enérgicos que quien se propase a armarlo



Tres escenas del Madrid rojo, visto por Sim.

por su cuenta será fusilado. La impresión de conjunto no puede ser más desalentadora."

Pero tal desaliento no se transparenta en las notas oficiosas, eufóricas, escritas en tono victorioso: "El pueblo de Madrid debe estar completamente tranquilo, porque no ha ocurrido ni ocurre el menor incidente y todas las fuerzas de la Guardia Civil y de Asalto tienen tomados todos los puntos estratégicos de la capital. Los sediciosos están derrotados. Lema: serenidad, serenidad, serenidad. Los soldados abandonan a sus oficiales traidores. ¡Viva la República!"

CASARES QUIROGA DEJA EL PODER

El forcejeo a propósito de las armas continúa recio y enconado entre los partidos republicanos y el jefe del Gobierno. Aquellos las exigen con urgencia, éste se aferra a su negativa. "El armamento del pueblo es la coronación de la técnica del contragolpe de Estado", dice el diario "Política", órgano del jefe socialista Largo Caballero. "Pedimos el armamento inmediato para organizar la ofensiva", reclama la Federación Nacional de Juventudes Marxistas, secundada por el Partido comunista y la Unión General de Trabajadores.

"A Casares Quiroga—afirma Zugazagotia—, que no podía prolongar por más tiempo la figuración de la autoridad, se le escapó el Poder de entre las manos, en uno de sus frecuentes desvanecimientos, producto, más que de dolencias físicas, de pesadumbres morales... Las últimas horas de gobernante de Casares Quiroga fueron para cuantos las vivieron con él o en su proximidad de una angustia indecible. El espectáculo de aquella voluntad vencida y de aquella conciencia de extenuadora agonia no dejaba de imponerse con su fuerza dramática... Agotada su capacidad de reacción ante la adversidad, que no se fatigaba en asaltarle, Casares Quiroga se declaró vencido con palabras, dejándose hundir en un derrumbamiento de todas sus ya débiles potencias físicas y anímicas. A las reacciones furiosas había de suceder, fatalmente, un colapso sin remedio."

HUIDA DE MARTINEZ BARRIO

Cayó Casares Quiroga, se le encomendó la formación del Gobierno a Martínez Barrio. Su intento contemporizador fracasó en seguida, y fue recibido con manifiesta hostilidad. "Me dejó solo, dice Azaña. Cuando vio que fracasaba el Gobierno fantasma que él pretendía formar, echó a correr y no paró hasta Valencia." A Martínez Barrio le sucedió Giral, el cual constituyó Gobierno. Sus primeros actos fueron la liberación de los presos no sólo políticos, sino también detenidos por delitos comunes; y autorizar al Parque de Artillería la entrega de armas al pueblo, entendiéndose por tal la patulea de bribones y desalmados que sólo esperaban hallarse en posesión de un fusil para cometer con mayor osadía e impunidad sus fechorías. César Falcón describe la escena: "José Díaz, diputado comunista, en lo alto de un camión reparte fusiles a los comunistas. ¡Qué expresión tan serena la de su rostro! Ni un gesto, ni un ademán. Con la serenidad sonriente de quien engrana en ese momento los profundos períodos de la historia, va entregando una a una las armas del pueblo a los más decididos combatientes populares."

MADRID, EN PODER DE LAS HORDAS

La sulevación de la guarnición de Madrid había sido aplastada a costa de centenares de muertos y heridos. Especialmente el Cuartel de la Montaña y la

defensa de los cantones de Carabanchel, Getafe y Leganés había supuesto enormes sacrificios. Desaparecido este peligro, armado el populacho y dueño de la calle, Madrid penetró en la espantosa noche de un delirio criminal. La hacienda y la vida del vecindario estaban a merced de las bandas de sicarios que se organizaron para repartirse las expoliaciones y asesinatos, con plena libertad en sus excesos.

"Azaña, refiere su cuñado, estaba impresionadísimo por los "paseos" que el Gobierno presidido por Giral era impotente para reprimir. Cundía la indisciplina y el querer cada cual hacer su guerra particular, autonómica o de partido. Entre Giral y Largo Caballero se produjo en el Ministerio de la Guerra un vivísimo altercado. Largo Caballero, a quien se llamaba entonces el Lenin español, abogaba por la supresión del Ejército, sustituyéndolo por milicias revolucionarias. El presidente de la República y con él los republicanos y mucha parte de los socialistas de la llamada "tendencia Prieto" opinaban que había

que defender la integridad de la Constitución republicana. No parecía tolerable que nadie aprovechara en beneficio de su partido la debilidad del Estado. El asalto al Estado por parte de los Gobiernos de la Generalidad y vasco, con evidente abuso transgresor de su Estatuto aquél y de la implantación, incluso de su ley autonómica el de Euzkadi, dado el momento elegido para obtenerlo, era uno de los motivos más razonables para el desengaño. "Lo más repugnante de cuanto vengo pasando—decía Azaña—desde que soy presidente, incluyendo el hecho de la rebelión militar, es el asalto al Estado por parte de estas gentes de la Generalidad y de Bilbao, aprovechándose de la guerra misma."

SOLUCIONES CATASTROFICAS

"Incapacitado—continúa el memorialista—el ministro Giral para gobernar en tales condiciones, fuimos muchos los que nos adelantamos a los pareceres obligadamente expuestos por los consultados al abrirse la crisis. No había sino encargar el Poder a Largo Caballero. Si resultaba, en efecto, que Largo Caballero era el Lenin español, no podríamos desear cosa mejor de la guerra sino que alumbrase un hombre de talla semejante, cualquiera que fuese su ideal político. Si fracasaba, porque quedaba deshecho el encanto taumatúrgico de la esperanza mítica cifrada en el nombre del secretario del Partido Socialista."

"No puedo acompañarte en esas alegrías fáciles, replicó Azaña. Fracasará y con él fracasaremos todos y se perderá la guerra. Las soluciones catastróficas no son tales soluciones. No resuelven nada..."

Largo Caballero sería presidente del Gobierno y lo serían Prieto y Negrín. Soluciones catastróficas todas ellas. Y, en efecto, perderían la guerra.

MADRID, EN PODER DE MONSTRUOS

Pero el desenfreno del populacho no había quien lo contuviese o impidiera. Las bandas armadas continuaban sus pesqui-

zas y rapiñas, se instalaban en los hogares "de los enemigos de la República", incendiaban templos, se incautaban de conventos, palacios, casinos, fábricas, sociedades. Quien trataba de oponerse a su frenesí era eliminado. Montaron sus tribunales populares, fusilaban sin contemplación, robaban a mansalva. Nadie prestaba atención a las notas de la Dirección General de Seguridad y del Ministerio de la Gobernación prohibiendo a los milicianos "los servicios de vigilancia nocturna, los registros domiciliarios y las detenciones de personas". Incluso se autorizó a los vecinos para oponerse a tales registros, requiriendo el auxilio de la autoridad. La noche que se publicó tal nota hubo una verdadera mortandad en las calles y en los alrededores de Madrid.

El Gobierno se consideraba impotente para contener aquella orgía de sangre que él mismo había desatado, y no sabiendo a qué medios apelar para evitarla, resolvió que el ministro de la Gobernación, general Pozas, requiriese a "La Pasionaria", verbo del comunismo y la máxima autoridad so-



Escenas callejeras en las primeras horas del "triunfo rojo".

bre los asesinos, a fin de que los llamase a capitulo, pidiéndoles que frenasen sus criminales arrebatos.

Desde los micrófonos, "La Pasionaria", que en el fondo celebraría aquellas saturnales revolucionarias, les reconvino con las siguientes palabras: "¡Pueblo de Madrid! Que nuestra victoria no sea malograda. Sois los dignos descendientes de los héroes luchadores del Dos de Mayo! Todos, todos habéis cumplido como buenos. Ahora es necesario saber administrar la victoria: que vuestra disciplina y vuestra vigilancia sean tan grandes como vuestro heroísmo. Comprendemos vuestra indignación, pero no os dejéis arrastrar por el camino de la destrucción, del robo vergonzoso, del incendio a que os quieren llevar... Nosotros, comunistas, de cuya conciencia revolucionaria nadie puede dudar, os decimos que frente al caos a la que intentan llevarnos nuestros enemigos, es preciso crear el orden de la República, de la democracia, del pueblo. Destruíd y denunciad a los provocadores o quienes detrás de una fraseología revolucionaria actúan para favorecer los planes de nuestros enemigos. ¡Disciplina, serenidad, vigilancia para impedir la provocación!"

Apelaciones inútiles. Madrid había caído en poder de los monstruos, y únicamente sería rescatado para la civilización y la dignidad humana por el Ejército Nacional.